La familia Laberius

La familia Laberius vive en un laberinto.
En realidad, cada uno de ellos vive en uno distinto.
Y cada laberinto está en el Gran Laberinto de la Familia Laberius.
Sara es la única que lo sabe.
Y sabe algo más: los laberintos se mueven.
Tiene que estar atenta porque en cualquier momento una pared nueva aparece, una puerta se transforma en rincón y algo (o alguien) queda atrapado del otro lado: el lado de afuera.

Hace unos días, su hermano Jaime se perdió en su laberinto. El pobre no lo sabe, piensa que está enamorado, piensa que descubrió un laberinto distinto, piensa que si piensa mucho encontrará la puerta o el puente o la escalera o las alas para ir al otro lado.
Y piensa y piensa mirando la pared que mira ella, del otro lado, pensando.

Los Laberius.
Texto: Martín Goyeneche
Ilustraciones y diseño: Rocío Roncoroni.
Producción realizada gracias a la Beca Creación 2021
del Fondo Nacional de las Artes.

La mamá una vez, a mitad de su laberinto, se escapó por la ventana del tren.
Había una garza blanca al costado de las vías y no pudo evitarlo: se escapó con ella. Anduvieron por encima de los campos, los huesos livianos, el viento en los ojos, hasta el arroyo. Ahí desplegaron sus alas y cayeron lentas como si el aire fuera una mano tibia que las esperaba. La acompañó a pescar para sus hijitos. Cuando se hizo tarde, quiso volver. Pero el tren hacía rato que se había ido y había vuelto a pasar y se había vuelto a ir. Quiso caminar hasta el trabajo, pero era muy tarde para llegar. Incluso era muy tarde para irse (ya se habían ido todos a sus casas). Entonces caminó de vuelta, pegadita a la pared de su laberinto, para no perderse, hasta su puerta.

El abuelo Gregorio Recuerda a su esposa que ya murió y no quiere avanzar. Está en un lugar que no es un laberinto pero no quiere estar ahí, se apoya en la pared que da hacia atrás y pega la oreja y trata de mirar por las rendijas lo que ya pasó. Del otro lado se ven sus recuerdos con ella.
El tiempo va alejándolo de ese lugar reciente: se van creando nuevas paredes y pasadizos hacia el futuro y el Abuelo está cada vez más lejos. Los primeros días ponía la oreja y espiaba por unas rendijas, ahora está a varias habitaciones de distancia y aunque recorra el laberinto hacia atrás, es imposible llegar.

Entones se cansa y se deja ir en su barquito –sillón y llega a la cocina. Sus nietos tienen hambre y le piden que cocine algo porque la mamá no llegó del trabajo.

- Habrá perdido el tren –dice Jaime.

El abuelo recuerda que no recuerda cómo cocinar... pero mira las ollas y ve algo raro: Son muchas y están guardadas una dentro de otra (como el círculo apretado de una rosa). Saca la olla mediana y ve que ahí está su esposa, chiquitita, cocinando para todos. Se mete por esa puerta y prepara algo muy rico para sus nietos. (Se hace chiquito con una sonrisa y las manos extendidas para abrazarla... En un paisaje de ollas laberínticas, ambos bailan en torno al fuego). Luego, pone la olla en la mesa ante la sonrisa de sus nietos.

En el humo que sube apenas la destapa, ella lo mira con una sonrisa.

Los Laberius.

Martín Goyeneche
Rocío Roncoroni